

LAS VIRGENES DE KIEV



**KARL VON
VEREITER**

Annotation

Cuando las tropas soviéticas se vieron obligadas a abandonar la feraz Ucrania a las ávidas manos de los nazis, cuando el Ejército Rojo fue derrotado y retrocedió hacia Moscú, cuando las botas del invasor resonaron por las calles y plazas de Kiev, la Era de Terror empezó. Todavía no se había apagado el eco de los disparos; apenas habían desaparecido los uniformes feldgrau de los infantes alemanes, cuando llegaron las criaturas diabólicas de Himmler, el SS Reichführer: la SS, la Feldgendarmerie, las Waffen-SS, la Gestapo, el SD y los terribles y sanguinarios «Einsatzgruppen», encargados de aniquilar farozmente a todo el que se opusiera a la política colonialista del Tercer Reich. Aparecieron las primeras horcas, se levantaron los primeros patíbulos. Hombres de todas las clases sociales, campesinos, técnicos, intelectuales, fueron ahorcados, fusilados o eliminados por el sencillo procedimiento del tiro en la nuca. También cayeron las mujeres bajo las balas de los «grupos especiales». Pero no todas. Las jóvenes, solteras o casadas, fueron destinadas a las Soldatenhausen, los burdeles para oficiales y soldados. Llegaron después los enviados del Partido, los sátrapas del siglo XX orgullosos miembros de la Raza de Señores, que se apoderaron de las mejores residencias, creyéndose definitivamente instalados en un país que deseaban convertir en un mundo de esclavos.

- [Karl von Vereiter](#)
 -
 - [Primera Parte](#)
 - [CAPÍTULO PRIMERO](#)
 - [CAPÍTULO II](#)
 - [CAPÍTULO III](#)
 - [CAPÍTULO IV](#)
 - [CAPÍTULO V](#)
 - [CAPÍTULO VI](#)
 - [CAPÍTULO VII](#)
 - [CAPÍTULO VIII](#)
 - [CAPÍTULO IX](#)
 - [Segunda Parte](#)
 - [CAPÍTULO X](#)
 - [CAPÍTULO XI](#)
 - [CAPÍTULO XII](#)
 - [CAPÍTULO XIII](#)
 - [CAPÍTULO XIV](#)
 - [CAPÍTULO XV](#)
 - [CAPÍTULO XVI](#)

Karl von Vereiter

Las vírgenes de Kiev

Versión:

E Sánchez Pascual

© Producciones Editoriales 1976

I.S.B.N. 84-365-0311-2

Depósito Legal: B. 42.612 — 1976

printed in Spain Impreso en España

Gráficas BIS A N I Mora la Nueva, 11 Barcelona (6)

Primera Parte

*I draw you close to me, you woman
I cannot let you go, I would do you good,
I am for you, and you are for me, not only for our own sake
but for others' sakes,
Envelop'd in your sleep greater heroes and bards, They refuse to awake at the
touch of any man but me [\[1\]](#).*

Walt Whitman

CAPÍTULO PRIMERO

La vieja lanzó un alarido desde el rincón. Lanzaba miradas hurañas a su alrededor, tapándose las orejas con las manos.

La casa, que había temblado durante el bombardeo, seguía estremeciéndose con el paso de los blindados que traqueteaban *de lo lindo* en las calles estrechas del pueblo.

Sentado cerca de la mesa, el viejo ruso, el dueño de la casa, con la pipa apagada en los labios, tenía una mirada vacía, y sus ojos globulosos, que el vodka había enrojecido, permanecían quietos bajo las zarzosas cejas.

Por su parte, la chica, que estaba junto a la vieja, no decía nada. Ni gritaba, ni lloraba. Pero sus hermosos ojos azules lanzaban miradas de espanto y su cuerpo magnífico era recorrido por continuos estremecimientos.

Con la pistola en la mano, el teniente Tumeriev que estaba al lado de la escalera que conducía al granero, apenas se movía, permaneciendo alerta, escuchando con atención el espantoso estrépito de la artillería enemiga al abrir fuego contra el pueblo.

Se había mordido los labios hasta hacerse sangre cuando los aviones nazis cayeron en picado desde lo alto del cielo, soltando sus bombas mortales sobre las isbas.

Por fortuna la casa de Piotr Lochakovno se encontraba bastante alejada del pueblo y ningún proyectil ninguna bomba la alcanzó.

Ilya Tumeriev había llegado al pueblo pocas horas antes de que se desencadenase la gran ofensiva alemana. Portador de órdenes sumamente secretas, pasó revista a las fuerzas que defendían aquella tierra soviética, muy cerca de la frontera de la Polonia oriental que la URSS se había anexionado en setiembre de 1939.

Durante sus entrevistas con los jefes de las unidades, les había explicado la situación: por el momento resistir a cualquier precio. Pero en el caso más que probable de que tuvieran que retroceder, dejar cierto número de soldados ocultos en los pueblos, soldados que estaban destinados a formar más tarde las unidades de la Resistencia cuyo mando había sido confiado al comandante Pavlovich.

«Debo reunirme con el mayor, en cuanto me sea posible hacerlo —pensó Ilya—. Pero por el momento espero que los nazis no visiten todas las casas... Cuento con que tienen prisa para proseguir su marcha hacia el Este...»

El ruido de los tanques se extinguió.

El oficial ruso se dijo que después de los blindados, las oleadas de soldados iban a invadir la zona que los Panzers habían recorrido, y cabía la posibilidad de que la infantería inspeccionara las isbas...

Se acercó al viejo y apoyó una de sus manos poderosas sobre su hombro.

—Di a tu mujer que deje de chillar, y adviértele que no quiero que cometa estupideces...

Los ojos globulosos del ruso se animaron.

—No te preocupes, padrecito —dijo con una voz muy dulce—. Mamuska se estará quieta... Ten confianza en mí, camarada...

—¿Y tu hija? —insistió Tumeriev.

—No dirá nada. Puedes subir al granero...

—¡Bueno, está bien!

Lanzó una mirada a las dos mujeres y luego subió ágilmente hacia el pequeño orificio que perforaba el techo.

El viejo se llevó la escalera que fue a ocultar al fondo de la ancha pieza.

En lo alto, en el estrecho espacio medio ocupado por los sacos de grano, Ilya retrocedió a rastras y se acostó sobre el vientre, con el rostro pegado a las tablas que constituían el techo» unas tablas desajustadas que le permitían ver a su través lo que pasaba abajo.

—No tardarán en venir —murmuró, apretando la pistola en la mano.

Se preguntaba la pinta que iban a mostrarle, porque la verdad es que no los conocía muy bien. Estaba claro que los nazis que había encontrado en España habían evolucionado mucho.

Durante un momento una sonrisa se pintó en sus delgados labios.

Los recuerdos atravesaron su cabeza, y se vio en la sierra» muy cerca de Madrid, combatiendo a los fascistas que intentaban en vano apoderarse de la capital.

A la cabeza de un centenar de milicianos, actuando como consejero político enviado directamente desde Moscú, enseñó a los españoles el modo de hacer aquella guerra de sombras, implacable como ninguna otra.

Rostros que creía borrados de su recuerdo desfilaron ante él; hombres a los que había apreciado... Pedro, Remigio... ¡y tantos otros!

No había tardado en descubrir la fuerza del odio que se ocultaba en el corazón de los españoles, y había asistido a escenas de una crueldad inaudita...

Como aquella vez en que capturaron un aviador alemán cuyo aparato fue abatido por la DCA de Madrid.

Los guerrilleros de 'la sierra no lo dudaron ni por un momento. Y aquella vez ni siquiera sirvió de algo la autoridad del camarada ruso. Querían castigar al nazi a su manera.

Empezaron por castrarlo.

Ilya Tumeriev no tardó en percatarse de que para un español la virilidad y los órganos que la representan tienen gran importancia. Si uno quiere armarla con un español le basta con poner en duda su potencia sexual.

La sonrisa se extendió por la boca del ruso.

Siguieron trabajando al prisionero, torturándole lentamente, con una paciencia infinita, arrancándole la carne a pedacitos, reventándole los ojos...

¡Los alemanes! Se habían fortalecido mucho desde aquel lejano año de 1936. Tras aplastar a Polonia, vencieron a franceses e ingleses en un tiempo record. Y ahora, golosamente, se lanzaban sobre el pedazo más grande de aquella Europa de la que sin duda alguna querían convertirse en los dueños absolutos.

—No... —farfulló con la frente surcada de profundas arrugas—. No va a ser fácil. Olvida a España, con sus pequeñas tropas y sus medios tan limitados. Aquí, amigo, vas a luchar contra un ejército de una potencia formidable... y contra gente que no se anda con chiquitas...

* * *

Los golpes en la puerta resonaron tan bruscamente que no pudo por menos de sobresaltarse.

En realidad, el silencio que les había precedido le había proyectado a una especie de paréntesis, lo que le permitió viajar hacia el pasado, olvidando casi por completo el presente.

Pegó el rostro a una de las fisuras de las tablas.

El viejo acababa de levantarse y, al otro lado de la habitación, Ja joven se había acercado más a su madre. La vieja mamuska miraba la puerta como hipnotizada.

«Con tal de que esa guarra no flojee», se dijo el oficial.

Una lluvia de golpes rabiosos se abatió sobre la puerta. El viejo, tras una breve vacilación, se dirigió con paso cansado hacia la entrada, tiró del cerrojo y abrió la puerta.

Detrás de las tablas desajustadas, Ilya Tumeriev apretó los dientes.

Cuatro hombres penetraron en la isba.

El ruso reconoció al momento que eran SS. En aquella época todavía llevaban sus siniestros uniformes negros, porque aún no pertenecían a las Waffen-SS, sino a las fuerzas policíacas que su dueño, Himmler, lanzaba como una jauría de perros rabiosos sobre los territorios que el ejército alemán iba ocupando.

El oficial era un Obersturmführer —un teniente—, los otros no eran sino Sturmman; es decir, simples soldados.

El viejo ruso retrocedió. Se pegó al muro, junto a la clásica chimenea que se suele encontrar en todas las isbas.

El último alemán cerró la puerta tras de sí. Se estableció un largo silencio.

Desde lo alto Ilya podía ver las miradas de los cuatro hombres que convergían sobre las formas del a chica.

—¿No hay soldados aquí? —preguntó bruscamente el oficial.

Empleaba un ruso muy malo, pero que a pesar de todo se comprendía.

El viejo meneó la cabeza.

—No —dijo con voz débil—, no hay soldados en la casa.

El oficial dio un paso hacia el viejo.

—Eres un sucio comunista —escupió con desprecio—. Andate con ojo porque vamos a registrar tu barraca a fondo... Y si nos has mentido, te cortaremos en rodajas...

—No he mentido...

Entonces el Obersturmführer se volvió hacia los soldados que esperaban sus órdenes.

—Creo que este gusano nos dice la verdad —dijo en alemán—.

La verdad es que, según hemos visto en el pueblo, todos los tipos armados han salido corriendo como liebres...

Sé pasó la lengua por los ¡labios que tenía muy gruesos.

—Vais a sacarme de aquí a esos dos viejos. Es posible que el Hauptsturmführer quiera interrogarles... Yo regresaré dentro de poco.

Una sonrisa canallesca se dibujó en los labios de los SS. Uno de ellos, apuntando con la «Schmeisser» al viejo, le hizo una señal para que saliera. Los otros dos se acercaron a las mujeres y separaron bruscamente la madre de la hija.

Empujaron a la Mamuska hacia la salida, pero antes de cerrar la puerta tras de sí, el último de los soldados dijo al oficial:

—¡Tómese el tiempo que guste, Obersturmführer!

Conteniendo la respiración, Ilya observó desde su escondite al SS que se había acercado lentamente a Sonia, da hija de la casa.

—Me gustas mucho, chiquita... —empezó a decir—. Lo siento pero no puedo perder mucho tiempo contigo... Y eso que me gustaría enormemente. Así que empieza a quitarte los trapos... ¡y corriendo!

Pegada a la pared, la chica le miraba con espanto en sus ojos de un azul muy puro.

El hombre la miró y dejó transcurrir tranquilamente unos pocos minutos. Luego, con voz aguijoneada por la impaciencia:

—¡¡Desnúdate, idiota! ¿O prefieres que ordene a mis hombres que disparen un tiro en la nuca a tus viejos?

La joven comprendió la amenaza y empezó a desnudarse. Desabotonó la blusa; bajo ella, los senos agresivos, completamente libres de trabas, apuntaron hacia el hombre.

El alemán tragó saliva con dificultad.

La rusa dejó caer su larga falda. Unas piernas ahusadas se dibujaron a través del tejido semi-transparente del camisón. Las líneas del slip señalaba unas caderas

bastante fuertes.

El nazi empezó a respirar entrecortadamente.

Desde su escondite, Ilya sentía que el sudor le recorría la espalda. Un gusto amargo le subió a la boca.

El SS empezó a desvestirse. Había dejado la pistola sobre la mesa, y se quitó rápidamente la chaqueta, después de lo cual se sentó para desatarse las altas botas.

—¡Eres hermosa! —dijo a la joven con una voz ronca.

Se desprendió de una bota, y luego de la otra. Levantándose, dejó caer su pantalón. Hizo lo mismo con la camiseta y con el calzoncillo.

Completamente desnudo se dirigió hacia la chica que conservaba su largo camisón.

El alemán tenía un buen tipo; unos músculos poderosos se asomaban a la piel que el sol y el aire habían bronceado. Sólo llevaba su placa de matriculación alrededor del cuello. Ilya vio también, en el pecho amplio del nazi, un tatuaje que representaba una gran cruz gamada.

—Quítate eso...

La joven tuvo que inclinarse para recoger el camisón y quitárselo por la cabeza. De pronto apareció, magníficamente desnuda, estremeciéndose, ofreciendo un espectáculo de peregrina belleza.

El hombre la observó largo rato, maravillado. Con la boca ligeramente entreabierta, paseó una mirada lúbrica por el cuerpo de la joven rusa.

Finalmente tendió una mano, la izquierda. Lo hizo con lentitud, como los ciegos cuando tantean delante de ellos. Los dedos del alemán rozaron uno de los senos; luego, bruscamente, apretaron el pezón esbozando al mismo tiempo un rápido movimiento de torsión.

La chica gritó.

Pero el nazi estaba lanzado. Avanzó más y la golpeó. Salvajemente, en el pecho. Sonia aulló.

En el granero, Ilya se mordió los labios hasta sentir en la boca el gusto dulzón de la sangre.

«¡Tienes que matar a ese cerdo! —se dijo— ¡Mátale!»

Pero el sentido común se salió con la suya. ¡Por nada del mundo podía permitirse estropear aquella misión de la que dependían tantas cosas!

Sin embargo, no podía dejar de mirar la escena que se desarrollaba debajo de él.

El alemán siguió golpeando a la chica. Parecía sentir gran placer, y Tumeriev dedujo que debía tratarse sin duda de un vicioso del tipo sádico que no gozaba sino haciendo sufrir a su compañera.

Sonia terminó por caer de rodillas. Intentaba inútilmente protegerse con los brazos. Inclinado sobre su víctima, el SS escogía el Jugar donde debía golpear, y lo hacía cada vez con mayor violencia.

De pronto ocurrió algo inesperado.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

